

EN el mes de agosto, Londres es una ciudad tan animada y ansiosa de agradar como París es gruñón, solitario y antipático. Tráfico intenso, las habituales carreras en el metro, ninguna tienda cerrada. Pocas salidas, al menos en apariencia, compensadas ampliamente por la afluencia de turistas que aquí son más bien visitantes, ya que, absorbidos más fácilmente por una muchedumbre extraordinariamente movediza y cosmopolita en cualquier estación, no tienen esa apariencia perdida de

personas desplazadas o de tribus nómadas viajando por atavismo más que por necesidad económica, más que por deseo de «frotar y limar su cerebro con el de otros», lo que, por otra parte, resultaría bastante difícil, dado que en la mayoría de los casos el cerebro ha sido sustituido por una cámara o una máquina fotográfica.

La acogida de Londres no es especialmente calurosa en el aspecto humano. En cuanto a la propia ciudad, no conozco a ningún ser sensible al que no haya seducido inme-

EL DIFERENTE LONDRES DE AGOSTO



La silueta más que tradicional del caballero de la City, correctísimamente vestido, con sombrero hongo y paraguas, coexiste en el Londres de agosto con los grupos que, ataviados de cualquier modo y sin preocuparse de las «conveniencias», toman el aire en medio de la vía pública...

diatamente, divertido hasta hacer llorar, lleno de las más poéticas ensañaciones; y con seguridad no existe en el mundo ningún lugar en el que sea más agradable estar solo. Pero hay que darse prisa, ya que Londres cambia de prisa y mal. Cada seis meses aparece una de esas nuevas torres tan agresivamente feas que constituyen una especialidad de la arquitectura inglesa contemporánea. Las orillas del Támesis, cuando se sale de la Tate Gallery, son irrecognocibles. Edificios como Carlton Tower o el hotel Hilton desfiguran los barrios venerables y encantadores, y resulta realmente desolador el que ningún sobresalto estético y nacional haya podido impedir la construcción en Jermyn Street, una de las calles más civilizadas del mundo, de esa monstruosa casamata que ocupa el lugar del delicioso hotel Cavendish de antaño.

diga «business»

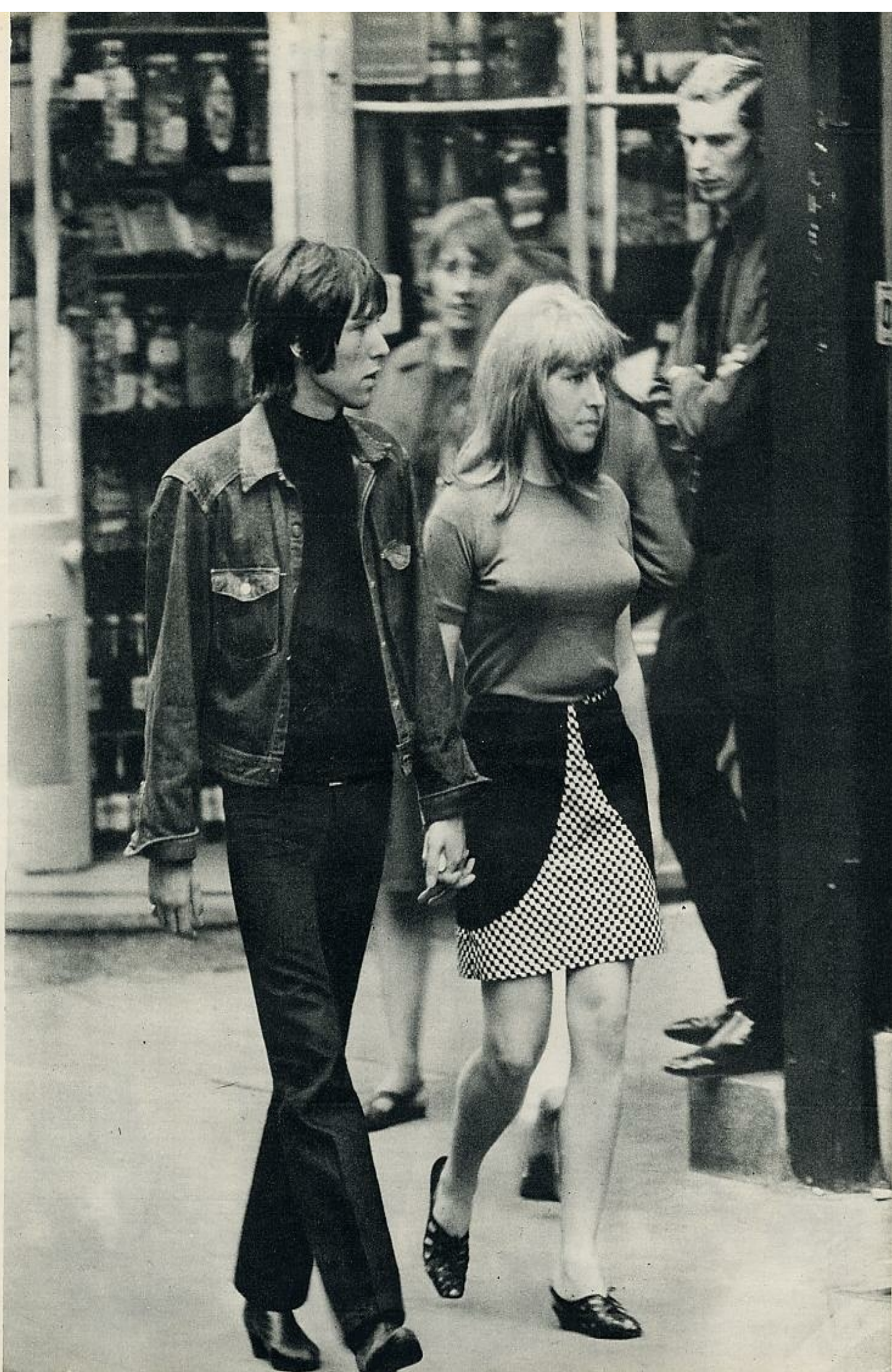
Pese a no ser calurosa, la acogida de Londres es en todo caso y en casi todas partes extremadamente correcta, y las cuentas, en especial, no reservan nunca sorpresas desagradables. Incluso se puede lograr que la acogida sea cordial si se realiza un pequeño esfuerzo. No hay que dejarse impresionar por el ceremonial de los pasaportes a la llegada, a pesar del carácter un tanto segregacionista de la distinción entre «extranjeros» y «súbditos británicos». Ni por la desconfianza de los aduaneros. Ni por la sempiterna pregunta: «¿Por qué viene usted a Londres?». No contesten, sobre todo: «Porque me gusta Inglaterra», o «Porque me interesa el arte inglés». Serían inmediatamente fichados como sospechosos y provocarían al funcionario un traumatismo intelectual del que nun-

ca se repondría. Contesten, simplemente, «Business», aunque tengan cuatro años edad, y todo se arreglará.

Conviene hablar inglés, aunque sea mal. Les asegurarán cortésmente que no es así, les harán cumplidos e incluso puede ocurrir que hagan un esfuerzo para comprenderles. Pero si se limitan a su idioma nacional están perdidos. No hay que dejarse engañar por esas expresiones internacionales que aparecen en la prosa o en la conversación de los intelectuales ingleses —sobre todo de los de izquierda—, a propósito de un tratado de economía política o de un ataque de rugby. La cosa no va muy lejos, y todo el mundo sabe que en Inglaterra, como en cualquier otro país, la gente que emplea palabras aisladas de una lengua extranjera es la que la desconoce por completo. ¿Es que sus profesores de inglés han creído alguna vez necesario decirles una sola palabra en su idioma?

Por otra parte, y aunque el «gallie pride» deba sufrir por ello, es fácil darse cuenta de que los franceses no interesan en la actualidad especialmente a sus amigos ingleses. El número del 15 de julio del «New Statesman» estaba dedicado en gran parte al gaullismo y la cultura francesa, y lo menos que puede decirse es que el tono del conjunto raramente sobrepasaba el de la cortés indiferencia. El problema, de todos modos, estaba bastante mal planteado, ya que es difícil pensar que el gaullismo haya podido determinar las letras francesas, al margen de ciertos ensayos políticos, con frecuencia brillantes, y de algunos panfletos más o menos inspirados. Después de todo, como señalaba uno de los redactores del periódico, Karl Miller, el «nouveau roman» existía antes de la vuelta de De Gau- **SIGUE**





lle al poder y el régimen actual no puede ser tenido por responsable de la pesadez, el aburrimiento y el conformismo provinciano de la vida literaria e intelectual francesa.

«Cultural disasters», he leído. La expresión es un poco fuerte, pero es cierto que los novelistas franceses, lo mismo que los cineastas, aburren en la actualidad a los ingleses. Es cierto que la obra de Marguerite Duras «Días enteros en las ramas» le ha valido un triunfo personal a la gran actriz Peggy Ashcroft, pero la querrela de «la nueva crítica» no ha tenido eco aquí y Richard Mayne observa que «Britain and France eye each other like china dogs» («se miran como perros de porcelana»). Por otra parte, ¿quién no es hoy el «china dog» de alguien? Creo que las culturas nacionales, salvo en el terreno de las ciencias humanas y en el de la pintura, tienen cada vez más tendencia a replegarse en sí mismas, que somos mucho más cosmopolitas que nuestros padres y que lo que hemos intentado ser al final de la última guerra. A pesar de los viajes, las traducciones y los congresos, Europa está intelectualmente más encerrada entre cuatro paredes que nunca, y todo el mundo sabe que lo que no sobrepasa el nivel de la artesanía local es difícilmente exportable.

epicúreos

Pero no se trata de hablar de Francia, sino de leer los periódicos ingleses. No hay que dejarse abatir por sus títulos alarmistas y por el tono más bien moroso del conjunto de la prensa. La libra va mal, el gobierno no va mejor y no he oído hablar bien con frecuencia de mister Wilson, excepcional estratega electoral y parlamentario, pero hombre político desconcertante por sus prudencias, sus silencios, sus pequeñas astucias y la poca prisa que se da para realizar el programa electoral de su partido. La gente se queja tanto del teléfono en Londres como en otras capitales y el «affaire» rhodesiano parece insoluble.

A pesar de esto Inglaterra da una impresión de prosperidad extraordinaria, sobre todo si se la compara con la Inglaterra tan valerosamente pobre —y verdaderamente laborista— de la posguerra, e incluso si la prosperidad está tan mal repartida como en Francia y en Italia. He quedado estupefacto al ver el número de «Jaguar», de «Bentley», de «Rolls» que hay en Londres, todavía más que ante el aspecto y las maneras de algunos de sus ocupantes. En el terreno del snobismo, e incluso de una cierta forma de poujadismo, los ingleses no tienen nada que envidiar a los franceses.

Pero, ¿qué hemos ido a hacer a Londres? Lo primero es ir a lo esencial. Es decir, visitar los museos. Todos, sin excepción. Y sin olvidar Apsley House, la morada de Wellington, donde hay un bellissimo Velázquez;

el museo Sloane, por sus Hogarth y sus espejos convexos, y, en Whitehall, el Banqueting Hall, en el que podemos admirar, bajo un techo pintado por Rubens, el plano de la batalla de Waterloo y el esqueleto del caballo favorito de Napoleón. Iremos a ver los «docks» y no nos perderemos el coger el metro para ir a visitar, en los alrededores de Londres, algunas de esas moradas sublimemente decoradas en el siglo XVIII por Robert Adam, Kenwood u Osterley Park, que son las obras maestras de la Inglaterra aristocrática y palladiana.

Después nos pasearemos por Piccadilly, Jermyn Street, Old Bond Street y Burlington Arcade, lentamente y con emoción, ya que sabemos que estamos en los templos de la elegancia masculina. Nos compraremos un jersey de cachemira color guinda, un paraguas de la casa Brigg, un sombrero hongo de casa Lock, y quizá, en Turnbull, una corbata de lunares y una de esas camisas azules o a rayas que nunca nos atreveremos a ponernos, pero que están hechas con telas como no se han vuelto a tejer desde la Edad Media. Y después, sucumbiendo bajo los paquetes, iremos a Fortnum y Mason a tomar el té y un pastel de naranja, uno y otro inolvidables, entre una muchedumbre de damas de claros rostros aureolados de curiosos sombreros en forma de corolas, cuyos pétalos de seda rosa o malva son una de las más audaces afirmaciones del optimismo anglosajón enfrentado a los caprichos del clima, ya que después llueve a cántaros.

"swinging england"

Y luego, claro está, iremos a Carnaby Street, a la busca de esa «Swinging England», que es la providencia de los turistas fotógrafos, tan obsesionados por el espectáculo que acaban enloqueciendo, como una señora que me persiguió con su cámara a lo largo de toda la calle, a pesar de mis protestas, y de que, al margen de la docena de catálogos de museos que llevaba bajo el brazo, mi aspecto era de lo más normal, aunque quizá fuera esto lo que la excitara. Henos, pues, en Carnaby Street, en el reino de las minifaldas, de los muchachos con pelo largo, y de esas tiendas en las que se vende ropa en último término mucho menos extravagante que la de Jermyn Street, pero mucho más cara y fea, como para ponerse a gritar.

Francamente, Carnaby Street no me ha entusiasmado. Estos jóvenes no son alegres ni divertidos. La curiosidad de que son objeto les molesta, y tienen muy mala cara. Mucho me temo que se trate de jóvenes trabajadores que gastan sin pensarlo sus débiles economías. Nuestra conciencia social se despierta y quedamos aterrados al ver que la tienda que está en el centro preciso de la calle no vende más que produc-

tos vegetarianos y expone en su escaparate, en lugar de las revistas pornográficas que podía esperarse, concentrados de vitaminas y legumbres. Esto es inadmisibile...

Hay que reconocer que King's Road es mucho más divertido. En primer lugar porque estamos en el centro del más delicioso barrio de Londres, de este Chelsea «donde se fabricaba antes porcelana —dice Valéry Larbaud— y donde ya no se cultiva, con infinitos cuidados, más que el inapreciable silencio». Es cierto que en Chelsea todo tiene la delicadeza de la porcelana, pero lo que hoy se cultiva en King's Road no es, desde luego, el silencio, sobre todo el sábado por la tarde, sino una especie de erotismo ambulante, por otra parte —me apresuro a decirlo—, perfectamente leal y desinteresado, que no deja de tener su encanto y su utilidad. De hecho, se trata de una especie de inmenso terreno de reclutamiento y se es mirado, solicitado, de un modo que es en cualquier caso halagüeño para un hombre de mi edad. Pero quizá me esté haciendo ilusiones y sigan siendo los catálogos los responsables de las miradas comprensivas de las que soy objeto.

EL DIFERENTE LONDRES DE AGOSTO



Todo vale, y nadie molesta a nadie. Las dos imágenes que reproducen las fotos pueden considerarse igualmente representativas del Londres de hoy, agosto 1966.

la rodilla

Después de todo, no hay que exagerar. ¿Encuentran ustedes bellas las minifaldas? ¿Qué nuevos placeres les proporcionan? Un muslo, una pantorrilla son interesantes. Una rodilla es idiota. ¿Es que Leonardo de Vinci ha dibujado alguna vez una rodilla? Evidentemente, Leonardo pensaba mal. Pero hacía bien en descuidar la rodilla y su cara posterior, esta parte absolutamente carente de interés del cuerpo humano, que no interviene más que en la vida estrictamente privada de viejas parejas que se hacen cosquillas a lo largo de la jornada llorando tiempos idos. En cualquier caso, no hay nada de excesivamente nuevo en todo esto. Los que hablan, después de un viaje a Londres, de exposición, de liberación sexual, demuestran que no saben nada de la historia de Inglaterra. El puritanismo anglosajón es una leyenda. Acuérdense de Tom Jones y de todos esos señores coloradíssimos que pululaban alrededor de las sirvientas de las posadas. Acuérdense de Hyde Park en 1945. La Serpentina desborda aún de las lágrimas que en ella dejó caer la virtud.

Lo que se toma por una revolución en las costumbres es— SIGUE

EL DIFERENTE LONDRES DE AGOSTO

La moda joven, y podría decirse que la moda en general, es hoy dictada por Londres, con Mary Quant, la creadora de la minifalda, a la cabeza. Las tiendas de Carnaby Street exhiben, a precios muy asequibles, los modelos que se lucirán por Chelsea.



de hecho la expresión de una profunda fidelidad a la más auténtica tradición. En Inglaterra se ha hablado siempre de los chalecos de terciopelo rosa, de las corbatas estrambóticas, de los pañuelos de bolsillo espumosos en la manga de la chaqueta. La rosa de largo tallo que se lleva en la mano al pasear por las calles más animadas de Londres no será nunca considerada más que como un accesorio ritual del culto virginal de la belleza. ¡Endymion! ¡Ruskin! Y los propios cabellos largos son un fenómeno estrictamente conservador.

aubrey beardsley

Los ingleses nunca se han cortado mucho el pelo, y las largas cabelleras de los cuáqueros —releñanse las «Cartas filosóficas», de Voltaire— eran una protesta contra la frialdad de las pelucas, un homenaje a las leyes de la naturaleza y a la voluntad del Creador. ¿Por qué llevar corto lo que el Señor ha destinado a ser largo? Estos cabellos que caen sobre los hombros expresan el romanticismo que duerme en el fondo del alma inglesa y no son, en último término, más que una forma especial y un poco retrasada del «gothic revival».

Si quieren tener una idea de todos los recursos de libertad y de provocación que a Inglaterra nunca le faltan, vayan a ver la exposición de dibujos de Aubrey Beardsley, que actualmente tiene lugar en el museo Victoria y Albert. Extraordinario por su inteligencia, su sofisticación, su verbo satírico y libertino, Beardsley aparece hoy como uno de los hombres que han creado el Arte Nuevo y adivinado el Arte Moderno, como uno de los casi-artistas ingleses que realmente han inventado un estilo. Se ha hablado con demasiada insistencia a propósito suyo de decadencia, quizá porque murió a los veintisiete años y porque estuvo muy relacionado con Oscar Wilde, cuya «Salomé» ilustró maravillosamente. Pero era de un temperamento artístico mucho más original y vigoroso que el autor de «El retrato de Dorian Gray».

Beardsley es el símbolo de aquella Inglaterra de 1900 que intenta liberarse de los prejuicios artísticos y morales de la época victoriana. Era todavía un poco pronto. Beardsley y sus amigos eran claramente minoritarios. Se les hizo sentir. Pero no creo que todas estas minifaldas y estos cabellos largos hubieran entusiasmado al genial dibujante del «Yellow Book», ni que signifiquen para él una especie de revancha póstuma y de tardío e inocente homenaje nacional.

ANDRE FERMIGIER

Fotos:
ARMANDO PIETRANGELI-
MONDIAL PRESS.

